La LLave del Tesoro

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

La Llave del Tesoro (por Daniel Bernardo Grimberg)

En este día de calor he de utilizar éstas formidables palabras para trasladar la imagen de un premio en su gestación, o de cualquier símbolo que apaciguara mis ansias existenciales. Esta afirmación es bastante extraña, pero el lector debe esperar y ceñirse a signos que reflejen al orden temporal. Estableceré sentidos ceñidos, sin ampliar ambigüedades que son tan cursis como comparar al mar con los terrenos boscosos. Porque el mar se nutre de múltiples aguas, y el bosque de incontables árboles.

Saturnino Ramos perdurará en el recuerdo de su amplia familia, en sus sobrinos Andy, María Encarnación, Toño, Carlitos Andrés, Lourdes, Jazmín, Ernesto, y en el mío: Alejandro Cozzini. Los que quedábamos en el espacio representando al implacable tiempo, o deteniéndolo de acuerdo a nuestras juventudes mágicas.

Como degustador de buenas filosofías he leído a Aristóteles y a algunos fragmentos de Leibniz, también he concurrido hasta telescopios elevados para observar al cosmos y notar que no existe nada hueco, sino que cada minúsculo espacio está dotado con mucha intensidad. El universo confiere un enorme poder a quien se cree un derivado de éste, pero eso es sólo un sentimiento reblandecido porque nadie se ha subordinado voluntariamente a las estrellas. Cada uno de los sobrinos de Saturnino Ramos, no tuvo en claro al sentido del universo, o erróneamente creyó que haría un análisis detallado de sus problemas. ¡Sin embargo, puedo afirmar sin temblequear que todo tiene una causa que pierde su carácter secreto cuando hace eclosión! ¡Es que cualquier origen recién puede ser categorizado al final!

El punto al que quiero llegar es que la muerte conserva a la popularidad cómo su principal característica. Es una magna posibilidad que se sustenta en la identidad que cada uno acarrea de sí mismo. Y mi tío Saturnino, hombre humilde y soltero, no fue excepcionalmente inmortal. Estaba obsesionado con la muerte (que al principio pasea por el mundo como una

idea) en cada etapa de su vida. ¡Despierte el lector del arrullo filosófico de mis palabras, y sepa que Saturnino Ramos murió en un día que congeló al tiempo de repente, y un segundo después permitió que volviera a transcurrir! ¿Qué decir? La muerte es el principio que nos identifica a todos, algo que, si bien somos reticentes a aprobar, en algún momento debemos experimentar intentando hacerla pasar por una liberación. También se trata de un proceso contrario al de nuestras ilusiones que nos habían impulsado a andar.

Ahora que la tierra se apoderó de su antiguo fervor, proclamo sin exultaciones lo que el tío Saturnino nos había concedido... ahora que ya lo enterramos en una fracción infinitesimal de tiempo, y algunos de nosotros (las mujeres) compungidos lo lloraron. No cuestiono nada: un legado monetario era una promesa que se encontraba en los gestos de muerte, antes que en cualquiera de los marchitos vocablos.

Hablaré algo de la vida de mi tío en la que no hubo algún eslabón especial: no se casó, no tuvo hijos y mantuvo su alma encendida hasta los 64 años. Cuando llegó su desenlace, su pulso se hizo anómalo, y se convirtió en uno de aquellos seres que de pronto se hacen anónimos, pierden la pasión y el goce, y sobretodo no conferencian más con los demás. Diré también que rechazaba a las mujeres a las que consideraba seres indecorosos; no les encontraba significado; no entendía bien sus mensajes a los cuales se accede a través de deliciosas metáforas. Y no tenía propiedad alguna, pero les revelo que los ocho primos sosteníamos que guardaba todos sus ahorros en un cofre que era una dilatada cantera en nuestra imaginación.

Cuando supo que tenía cáncer, Saturnino Ramos deploró al día de su nacimiento, a los reflejos del espejo que mostraban su demacrado rostro, y a los siguientes días que sólo tenían como meta matarlo. Aquello era una repetición de convulsiones, y la pérdida de sentido de las pequeñas cosas, y de las mitológicas que la gente definía con docilidad. Pero luchó con resignación y cierta valentía, porque eran hábitos tenaces que prevalecían sobre lo trágico. Recién cuándo se estaba cerrando su vida, cuando aborreció los medicamentos, los calmantes, y con la cruda convicción que todo estaba perdido, convocó a sus cinco sobrinos varones para entregarnos a través de susurradas palabras, "la llave del tesoro". Fue una mínima referencia que determinaba al conjunto de su obra; un deseo de ordenar al mundo que lo sobrevivirá, con la mayor precisión posible.

Hubo alteración y muchas diferencias entre los primos, ¿por qué había pasado por alto a las mujeres? Seguramente había despegado su temperamento misógino, ya que esa disposición adversa hacia el otro género llegaba hasta sus sobrinas. ¿Pero por qué había dicho que a través de ese tesoro se podía cortar una racha de errores interminables? Era como algo mágico que lo agujoneaba en lo más profundo de su

conciencia. ¿Quería entregarnos con prolijidad a esos dineros que guardaba, para luego evitarnos engorrosos juicios de Sucesión? Sin dudar expresamos simpatía por lo destacablemente previsor que era nuestro tío Saturnino.

Detallo que fuimos al hospital con una disimulada codicia. Los mismos espacios de las calles que atravesábamos, expresaban simbolismos personales de gratitud, de arrogancia por vencer a la muerte a través de la generosidad, y toda esa suerte de reflexiones que nos brindaba un mecanismo mítico de superación. Si bien no nos entregamos a absurdos festejos, teníamos la visión que el tío dejará de sufrir y nosotros lo recordaremos con cariño (al evocarlo impondríamos en nuestras facciones a tenues sonrisas que serían vívidos homenajes). Él viviría en nuestra capacidad de seguir adelante, ya que ejerceríamos una férrea defensa en contra de su olvido. Él nos daría la llave de su cofre con su exacta ubicación, y lo abriríamos iluminados por su bondad... No habría nada avaro o codicioso en ese acto, ya que desde ese instante los cinco habíamos decidido ir más allá de la misoginia del tío Saturnino, para compartir aquello que encontraríamos con María Encarnación, Jazmín y Lourdes. En nuestro ámbito familiar todo se repartía, eso nos mantenía felices y unidos.

Los cinco nos apersonamos alrededor de su lecho en el hospital, mientras una enfermera manejaba tranquila a los múltiples cables que lo estabilizaban a máquinas. Su tarea primordial era conectarlo al presente, evitar que perdiera el conocimiento tanto como se pueda. La mente aún le trabajaba bien y en una pesada manera, con la voz que mantenía su grosor, se alegró de vernos. Estaba fundamentalmente confiado en que nos daría las palabras justas. Entabló su dictamen muy seriamente, después de recordar qué la causa por la que nos había convocado era entregarnos la llave de un tesoro:

- "Sobrinos, cuándo lleguen a los 50 años háganse con regularidad exámenes médicos de sus próstatas".

Eso fue todo. Al otro día murió por la enfermedad de la que nos advirtió que nos cuidáramos. Salimos descompuestos del cementerio; ya habíamos anulado de nuestras mentes la posibilidad que el "tesoro" tuviera otro sentido más allá del que tuvo utilidad como parábola.

Fin